







*La imaginación  
de Eva*

---

*Erya*



# La imaginación de Eva

---

Erya

Ilustración de cubierta  
Cecilia G.F.



Publicado por:  
Hela Ediciones  
www.helaediciones.com

*La imaginación de Eva*

© 2023, Erya

© 2023, de esta edición: Hela Ediciones

Editores: Raúl Martínez Garrido & Elena López Guijarro

Ilustración de cubierta: Cecilia G.F.

Embellecedor: rawpixel.com | Freepik

Fotografía de autora: Erya

Corrección: Elena López Guijarro

Preimpresión: Elena López Guijarro

Impreso en España / *Printed in Spain*


Primera edición en febrero de 2023

Código THEMA: FMM

ISBN: 978-84-126359-3-5

Depósito Legal: M-30095-2022

 @HelaEdiciones

 @hela\_ediciones

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

☆ A la imaginación, la magia más poderosa que existe. ☆





Si pudieras hacer realidad aquello que imaginas,  
¿lo harías?



## Contenido sensible

**Atención:** esta información puede contener datos relevantes de la trama.

Accidente de coche y autolesiones.



# Capítulo 1

L evanto el vestido brillante a la altura de mis ojos y lo examino. No termina de convencerme, pero Zaira y Paula han insistido en que me lo compre, que es de mi estilo. ¿Cómo voy a ir con él el primer día de universidad? Llamaré la atención, y eso es algo que me da mucha vergüenza. Si llamo la atención, que sea por algo que cause admiración y que nadie me juzgue de forma negativa. Seguro que con este vestido muchos pensarán que me creo una *top model*. Quiero dejar de ser invisible, ¡pero no así!

Lo lanzo sobre la cama de mala manera y resoplo. Me consuela al menos saber que mis amigas irán todavía más llamativas que yo. Todas las miradas se centrarán en ellas, como siempre. Y no es algo que me moleste, aunque sí es cierto que a veces me gustaría no ser invisible para todo el mundo.

Sigo hurgando en las bolsas y saco unos vaqueros oscuros y unas deportivas blancas que ya me hacían falta. También un par de camisetas que, por supuesto, mis amigas han criticado hasta la saciedad diciendo que cómo soy capaz de pensar siquiera en ponerme algo así. Me he defendido con la excusa de que serían para estar por casa y lo han dejado estar.

—¿Tienes una fiesta de disfraces?

Mi hermano pequeño se ha colado en mi habitación, como suele hacer cuando se aburre. Ha cogido el vestido y lo mira con la nariz arrugada.

—Trae eso, elfito. —Se lo quito de las manos y lo coloco en una percha para colgarlo en el armario.

—¿Cuándo es?

—¿Cuándo es qué?

Sigo colocando la ropa. Hugo se ha sentado en mi cama y balancea las piernas haciendo un ruido insoportable.

—La fieeeeeeesta —responde arrastrando la palabra con exageración.

—No hay ninguna fiesta.

Alza una ceja y luego sonrío con picardía.

—¿Te has comprado esa cosa tan fea para el primer día de clase? —Suelta una carcajada—. Siempre has tenido el gusto en el culo, Ivi, pero esto ya lo supera.

Me giro con las manos en las caderas y le miro seria. Sus ojos castaños, iguales a los míos, me miran con diversión.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—¿Mejor que molestarte? ¡No!

Me lanzo a por él, pero huye y caigo sobre la cama. Me mira desde la puerta y se ríe cuando pierdo el equilibrio y caigo al suelo de culo. Me incorporo como puedo y le miro a través de mi cortina de pelo marrón.

—¡Piérdete un rato!

Hugo vuelve a reír, me hace un gesto de burla y desaparece de mi vista. Me quito los mechones de la cara y me quedo allí sentada con la espalda apoyada en la cama.

A veces es de un insoportable...

Resoplo. A mis oídos llega una musiquilla. Ya se ha puesto con la PSP. Mejor, así estará un buen rato entretenido. Al poco escucho su voz y carcajadas. Ha debido de poner un juego online para jugar con Adrián, su mejor amigo.



Cierro la puerta para no escucharle. Voy hacia el espejo del armario y me coloco el pelo en una coleta que cae lisa sobre mi espalda. Dejo algunos mechones sueltos para que disimulen mis orejas de soplillo. Por este motivo jamás salgo de casa con el pelo recogido. Ya en el colegio me llamaron Dumbo durante mucho tiempo. Por suerte, pasar al instituto hizo que se perdiera el interés en mí. Me volví invisible y así me mantuve, tapando mis imperfecciones para evitar llamar la atención.

Peino el flequillo recto con los dedos. No queda bien, pero ahora mismo no me importa. Mientras solo me vea así mi familia, bien.

Me pongo la ropa de estar por casa y termino de colocar todo. Doblo bien las bolsas —para que mi madre no me eche la bronca— y las dejo en el escritorio, a un lado. Observo a mi alrededor pensando qué hacer. Nada más entrar, a la derecha, está mi escritorio, con mi ordenador y una silla de ruedas violeta —sí, sí, violeta—. Frente a la puerta está la ventana y debajo de ella mi cama. Muchas mañanas, cuando no tengo que madrugar, me gusta ponerme de rodillas y limitarme a observar el exterior. A la izquierda de la entrada hay una enorme estantería blanca llena de libros, velas literarias y *merchandising* de mis libros favoritos, además de tazas de personajes Disney. Y al lado izquierdo de la puerta está el armario, donde debería estar guardando la ropa nueva. Por supuesto no faltan en las paredes libres pósteres de animales y personajes literarios que adoro; una gran alfombra lila de pelo sintético —en invierno es lo más caminar descalza sobre ella— y un techo decorado con las típicas estrellas y planetas que se iluminan en la oscuridad y que pegué de pequeña con ayuda de mi padre.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por unas voces que van subiendo de tono. Mi hermano y su mal perder. Seguro que le han matado en el juego y está maldiciendo a todo lo que se mueve.

Me levanto de mala gana y abro la puerta con fiereza, dispuesta a plantarme en la habitación de mi izquierda y cantarle las cuarenta. Pero entonces me detengo. Esas voces no pertenecen a mi hermano. Él está en la puerta de su habitación, mirando con ojos llorosos hacia las escaleras que descienden frente a sí.

Los gritos pertenecen a nuestros padres.

Me quedo parada unos instantes, antes de reaccionar y acercarme a la barandilla. Están en la cocina. Las voces se escuchan ahogadas, supongo que han cerrado la puerta, pero el tono elevado que emplean la traspasa.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —La voz de papá.

—¡Pero si es lo mejor para los dos!

—¿Lo mejor para los dos o lo mejor para ti? ¿Y qué va a ser lo próximo, mandarme al jardín como si fuera un perro?

—¿Por qué tienes que sacar las cosas de quicio?

—¿Yo? —Una carcajada irónica—. ¿Yo estoy sacando las cosas de quicio? ¡Aquí siempre se ha hecho lo que tú has querido!

—¡Porque pasas de todo!

—¡O porque no me escuchas ni...!

No puedo seguir. Me aparto de la barandilla. Mi hermano está detrás de mí. Está llorando, con la mirada fija abajo, como si tratara de ver a través del suelo. Le cojo la mano y nos metemos en su habitación. Cierro la puerta y me arrodillo delante de él, que permanece de pie. Aunque en esta postura es más alto que yo, siento que es la mejor forma de transmitirle mi apoyo.

—Hugo, mírame... —No lo hace—. Elfito, venga, mírame.

Tarda unos segundos, pero lo hace. Los gritos llegan hasta aquí.

—¿Qué está pasando?

—Nada. —Fuerzo una sonrisa—. Eh, no pasa nada. Ya sabes que enseguida se gritan por tonterías.

—Esto no es lo de siempre.

Tiene toda la razón. Esta vez está siendo diferente. Pero no voy a permitir que nada le salpique.

—Venga, ponte a jugar con Adrián.

Niega con la cabeza y mira hacia el suelo. Me muerdo el labio inferior. Si no le apetece ponerse con un videojuego que es su pasatiempo favorito..., ¿con qué podría distraerle?

Enseguida doy con la clave. No debería hacerlo, pero no tengo otra opción. La situación así lo requiere, y yo por mi hermano, lo que sea.

—¿Recuerdas cuando jugábamos a ser los villanos de los libros que leíamos juntos?

Asiente.

—¿Cuál era tu montura fuera la historia que fuera?

Esboza una sonrisa.

—Un dragón azul fosforito.

Al momento, me mira con horror.

No, no me mira a mí, sino tras de mí.

Me giro.

Hay un dragón azul fosforito a mi espalda.



## Capítulo 2

Está pálido. Creo que me he pasado de brusca, pero no es el momento de ponerme a darle explicaciones.

—No te asustes. No es real, no puede hacerte nada.

Me levanto y voy junto al dragón. Hugo me mira aterrorizado. Su boca se abre por completo en cuanto ve que mi mano traspasa al animal.

—Esto... ¿Estoy soñando?

Le sonrío.

—Compruébalo.

Se pellizca la mejilla tan fuerte que suelta un gemido de dolor. Contengo una carcajada por lo cómico de la situación. Las voces de nuestros padres han quedado relegadas a un segundo plano.

—Los dragones no existen —afirma, serio.

—Existen en nuestra imaginación. Y yo puedo hacerlo visible.

Dirige sus ojos a mí.

—¿Tú?

Me acerco a la cama y me siento.

—No sé de dónde ha salido este poder. Pero desde que soy pequeña puedo crear una ilusión de cualquier cosa que sea capaz de imaginar.

Me mira fascinado y luego de nuevo al dragón. Puedo percibir que poco a poco se está relajando, y del terror está pasando a la emoción. Así es Hugo. Es capaz de ver siempre el lado bueno de todo. En lugar de sentir miedo por mi poder, como esperaba que sucediera si algún día alguien lo descubría, siente fascinación.

Se atreve a recorrer la corta distancia que lo separa del dragón. Alarga el brazo y lo acerca con lentitud al hocico. La criatura se mantiene quieta, mansa. Sin embargo, la mano de Hugo no lo atraviesa como ha pasado con la mía. Pega un grito y se aleja. Me mira con desconcierto. Me encojo de hombros con una pícaro sonrisa.

—Cuanto más creas en lo que ves, más real será para ti. Tus sentidos te están engañando, y aunque yo te haya dicho que no es real, tus ojos te dicen lo contrario.

—¿Podría montarlo?

Me río y me echo hacia atrás para apoyarme sobre mis manos.

—Podrías, pero no creo que sea muy seguro.

—Por fi...

Pongo los ojos en blanco. Por un momento estoy tentada de decirle que sí, pero no, no puedo ser tan inconsciente. No deja de ser una ilusión, y por mucho que él crea en ella, en cualquier momento eso podría cambiar. Y yo no podría hacer nada.

—¿Hugo?

Mamá está subiendo. Él se pone nervioso.

—¿Dónde vamos a esconderlo? ¡Que salga por la ventana!  
—Corre y la abre—. Ay, es demasiado pequeña para él. ¡Lo va a ver!

La puerta se abre y el dragón desaparece antes de que mamá sea capaz de verlo siquiera. Hugo se queda estático, mirando hacia la puerta.

—¿Todavía no estás preparado? Tenemos que ir a inglés.

Él no se mueve. Mamá se lo queda mirando. Echa un vistazo detrás de la puerta, buscando lo que quiera que esté viendo Hugo.

—¿Hugo? —Da unas palmadas—. ¿Te encuentras bien?



Me muerdo la lengua para no reír.

—Pero ¿qué le pasa a tu hermano?

—¿Inglés?

Hugo parece salir de su trance. Parpadea varias veces y dirige sus ojos castaños hacia mí. Al momento empieza a preparar la mochila.

—No tardes, que tengo que hacer mil recados en cuanto te deje. A ver si me da tiempo a todo. Eva, he dejado una lavadora puesta. Tiéndela luego.

Asiento con desgana.

Mamá se marcha y yo me permito reírme.

—¿Papá y mamá no lo saben?

—Claro que no. ¿Para qué? —Me encojo de hombros, restándole importancia—. ¿Serás capaz de guardarme el secreto?

Me llevo el dedo meñique a los labios y él me imita. Es nuestro juramento de hermanos. Cualquier cosa sellada con el juramento no puede salir de nosotros, ni a nuestros padres ni a nuestros amigos. Es solo nuestro.

—¿Y tus amigas?

—Nadie sabe nada. Eres el único al que se lo he contado.

Me muestra una radiante sonrisa. Está contento de ser conocedor de un secreto que nadie más conoce. Le hace sentirse especial. Se despide con la mano y se marcha. Se ha olvidado de los gritos; objetivo cumplido.

Vuelvo a mi dormitorio y me tumbo en la cama, suspirando.

Mamá es una gran actriz, siempre ha sabido ocultar muy bien sus sentimientos, especialmente los malos. En cuanto ha entrado parecía normal, como si no acabara de tener la discusión del siglo con papá. Porque Hugo tiene razón: esto ha sido diferente.

Y no es la primera vez que discuten así...

Hace una semana invité a Paula y Zaira a cenar, aprovechando que mi hermano se quedaba a dormir en casa de un amigo y mis padres salían a cenar. Vimos varias películas de romance y comedia y comimos *pizzas*.

Cuando se fueron, recogí todo, di un beso de buenas noches a mis padres que llegaron al terminar de fregar los platos, y me subí a mi habitación.

Me cepillé los dientes y me puse el pijama. Enseguida recordé que me había olvidado el móvil en el salón, así que bajé, pues sabía que dejarlo allí solo provocaría una regañina por parte de mi madre. Eso de que lo dejas siempre todo por medio, que ese no es su sitio...

En cuanto abandoné las escaleras, los oí hablar. Lo hacían en un tono que no me pareció el habitual entre ellos; casi me parecía hostil. No me habría detenido si no les hubiera escuchado decir la palabra divorcio.

Divorcio.

Incluso me costó comprender en aquel momento su significado. Descarté la posibilidad de que hablasen de ellos mismos. Quizás se referían a algún matrimonio amigo.

Sí, tenía que ser eso.

—Solo intento aportar una solución para los dos —decía mi madre.

—No, insinúas que yo soy el problema.

—Eso lo estás diciendo tú.

—Claro, tú eres perfecta. Nunca haces nada mal, nunca...

Mis padres eran la pareja perfecta. Nunca discutían. Jamás les había visto gritarse. ¿Cómo era posible que estuviera pasando?

Divorcio.

Me llevé la mano al pecho y retrocedí, angustiada. El corazón me latía cada vez más rápido. Sentí náuseas y mareos. Me negué a escuchar una sola palabra más. Corrí al baño para echarme agua en la cara. Dejé el grifo abierto hasta que salió bien fría. Tenía que digerir lo que había pasado. ¿Hablaban en serio? ¿Por qué harían algo así?

Me contemplé en el espejo. ¿Por mi culpa?

Mi mirada recorrió mi reflejo, empezando por mi desaliñado pelo castaño, pasando por mis ojos marrones, mi nariz pequeña

y mis labios caídos. Nada destacable, y tampoco en mi cuerpo flacucho.

Físicamente no soy especial. ¿Y mi personalidad? Ladeé la cabeza. No era tan inteligente como mis padres, jamás había pasado de los notables en mis notas escolares por mucho que me esforzara. Tampoco era la hija más obediente del mundo, y en ocasiones los había engañado para salir de fiesta con mis amigas. No era divertida ni interesante.

Era normal que su matrimonio se hubiera visto afectado con una hija así. ¿Acaso la manzana podrida no termina afectando a las demás? Yo era el cáncer de la familia, no ellos. Ni mi padre, ni mi madre, ni mucho menos mi hermano pequeño.

Con lágrimas en los ojos me arrodillé, incapaz de soportar mi peso por más tiempo.

—No te culpes.

El susto me hizo golpearme la cabeza con el lavabo. Me llevé una mano a la zona dolorida y me giré, parpadeando repetidas veces. Sentado sobre la taza del váter había un chico de más o menos mi edad. Me sonrió con amabilidad mostrando unos dientes blancos perfectos. Yo retrocedí, cautelosa, mientras sus ojos castaños me observaban.

—Sabes que ellos te quieren, ¿verdad?

Asentí todavía frotándome la cabeza.

—No lo olvides nunca.

Me tendió la mano, me ayudó a levantarme y me dio un abrazo tan intenso que logró reconfortarme.

Tenía razón. Mis padres me querían. Seguramente habría una razón para aquella situación, no tenía por qué ser yo.

Me fui a dormir con esta idea y, por la mañana, todo volvió a la normalidad. Una normalidad que ha durado días. Llegué a olvidarlo, ya que mis padres actuaban como siempre.

Todo iba bien.

O eso nos hicieron creer.